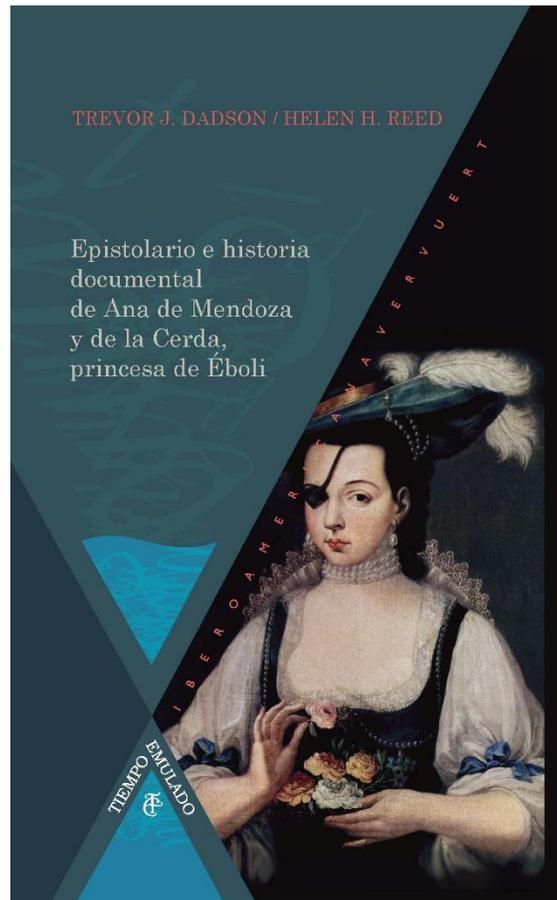


Trevor J. Dadson & Helen H. Reed eds. *Epistolario e historia documental de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli*. Tiempo Emulado. Historia de España y de América. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert, 2013. ISBN: 978-84-8489-687-6. 636 pgs.

Reviewed by: Antonio Cortijo Ocaña
University of California



La Princesa de Éboli (Ana de Mendoza y de la Cerda [duquesa de Francavila princesa de Mélito, condesa de Aliano, marquesa de Algecilla, marquesa de Diano, duquesa de Estremera y duquesa de Pastrana, 1540 – 1592]), hija del virrey de Aragón, Diego Hurtado de Mendoza, y esposa del ministro de Felipe II Ruy Gómez de Silva, necesita escasa presentación para el público especializado. Pero incluso dicho público necesita un recordatorio sumario: nuestro conocimiento de la misma se había basado hasta ahora en un cuerpo documental escaso y gran dosis de novelización de su vida, en particular en lo referente a su relación con Antonio Pérez y Juan de Escobedo, así como en lo que toca a su encierro por mandato de Felipe II, su relación con las carmelitas de Pastrana y Teresa de Jesús, y los asuntos que pertenecen a la administración de sus bienes. Los estudiosos Dadson y Reed se proponen en su magno proyecto recopilar documentos y cartas otorgados y/o firmados por la princesa entre 1553 y 1592. Hasta la fecha contábamos con un total de 54; en lo que a nuestro entender es el aspecto de mayor relieve –con creces– de este libro, tras las pesquisas de estos investigadores dichas cartas y documentos ascienden a la asombrosa suma de 428 (74 cartas autógrafas, de difícil lectura y letra peculiar, quizá heredera de

la muy singular de su madre o de la igualmente ilegible de su padre [24], y 42 son copias o transcripciones de cartas y memoriales que ella escribió u ordenó). El número de estos documentos puede incluso aumentarse, porque el 337 incluye a su vez 34 cartas autógrafas a su hijo don Diego de Silva y Mendoza desde Pastrana.

Los documentos editados van acompañados de un nutrido aparato de notas que suponen un gran esfuerzo para hacer comprensibles las circunstancias en que se escribieron, identificar a las personas involucradas y explicar las circunstancias que rodearon los hechos referidos en las mismas. A ello también contribuye el índice onomástico con se cierra el libro. Son igualmente de destacar las reproducciones en 32 figuras de misivas de la princesa de Éboli, en particular las autógrafas, de difícil lectura y pésima letra.

Los autores se han aprovechado en especial de la documentación procedente de protocolos notariales, con lo que el aspecto que más resulta favorecido en la nueva documentación es el de la “vida diaria y administrativa de la princesa y también de sus movimientos” (14). Así, conviene abandonar la visión de Ana de Mendoza y de la Cerda como dilapidadora del patrimonio de sus hijos, pues los documentos la revelan como aplicadora de un control férreo en la gobernación de sus estados y preocupada por sus asuntos económicos con enorme detalle e involucramiento. Escasean más los documentos para las décadas de 1550 y 1560, en especial para los años de 1563 y 1564, “cuando Ruy acompañó al rey a celebrar las cortes de Monzón en Aragón y Ana se quedó con sus niños en Madrid, acompañando a la reina Isabel” (15). A la muerte de su marido y ante las enormes deudas contraídas por el mismo (unido a ello su falta de conocimientos financieros y la dificultad que conllevaba la asumir la tutoría y curaduría de sus hijos y la administración de su hacienda), quiso, sospechan los autores, entrar en un convento y hacerse monja.

Es particularmente relevante en la documentación ahora exhumada el trato frecuente con Juan de Escobedo, que llegaría a ser secretario de Diego Hurtado de Mendoza, Ruy Gómez de Silva, Antonio Pérez y Juan de Austria. “Entre los dos”, concluyen de modo sumario Dadson y Reed, “hay muchos años de amistad, de confianza, de trato diario y afable, que hace difícil creer que la princesa estuviese involucrada en la muerte del malogrado secretario” (18). El trato casi íntimo entre ambos puede deducirse de documentos como el 87 (de 1574), en que la princesa confiesa al secretario los enormes problemas maritales y de convivencia que su hija tiene con el duque de Medina Sidonia y su suegra: “A la vida de la duquesa es menester buscarle y dársele, porque la que le dan marido y suegra es terrible y no para durar, y esto sólo por una carta de la misma muchacha [...]. Sin estas cartas he visto otras para mis criadas, que a ellas, como no son madre, dícnle más de lo que veréis...” (235). Es muy extensa la número 7, firmada en Simancas en enero de 1558, donde la princesa le dice en detalle cómo conducirse “en este negocio del duque mi señor y de mi señora la duquesa”, “aunque haya poca necesidad de daros instrucción” (77). O en la 71, donde se dirige al secretario para decirle que “pues el diablo quiere que con todas sus obras, para que éstas no cesen y vos me veáis andar por esas calles en espíritu como bruja...en ninguna [ocasión] quiero ser aragonesa ni dejar de entender que verde y negro escote es obra de las manos de mi marido...” (217). En la 86 se lamenta a Escobedo de varios asuntos, a pesar de sentirse gravemente indispuesta: “Me sobra para sentir mal quedar a mi hija y así con el crecimiento de la calentura he dicho todo esto. Mañana me sangro, que será el menor crecimiento. Quiérenme purgar” (234). En la 89 vuelve a lamentarse de sus circunstancias ante el secretario: “Como en mi cólera Busto de Villegas, desde que ha que estamos aquí, nunca hace sino maltratarme, y amigos tan del tiempo para quien le tiene de tener tan triste como yo todos los días de mi vida” (241-42).

Se sorprenden los autores que entre la documentación referente a la princesa no haya misivas dirigidas a sus padres, a sus hijos Ana, Rodrigo, Ruy Gómez y Fernando, a varios de sus parientes, a conocidos y amigos como Antonio Pérez, etc. También listan algunas cartas cuyas que sabemos que escribió pero han desaparecido (20-23). No deja de ser irónico que esto sea así, en especial porque una de las causas mencionadas frecuentemente para el encarcelamiento de *la hembra* “era su propensión a escribir a todo el mundo sin pelos en la lengua” (23). En este sentido es también curioso que, aunque muchos de sus destinatarios no guardaran copia de las cartas que ella les enviara, sí lo hiciera con la casi totalidad de ellas Juan de Escobedo. Destacamos, igualmente, la serie de 34 cartas autógrafas escritas a su hijo don Diego de Silva y Mendoza, donde se explaya a sus anchas en expresiones a menudo de franca desesperación: “...con la priesa del otro día no se me acordó de decirte cuán sin enojo me tienes y cuánto lo estoy con los que nos han querido revolver el origen de esto” (carta XIII); “yo me acabo y esto será cierto si luego no remedias estos edificios que Palomino hace para sacarme a mi casa...” (carta XIV); “importa que, en recibiendo ésta, volando y no durmiendo tú me envíes prestados a buen pagar y presto seiscientos ducados...” (carta XVII); “...por vida tuya, que por ruin que sea la escritura que éstos han hecho, que la otorgues por que no perezamos todos...” (carta XIX).

Destacan los autores como peculiaridad de muchas de las misivas más personales el estilo de la princesa de Éboli, caracterizado por la naturalidad, “la sensación que dan de que está hablando más que escribiendo”, sus coloquialismos y carencia de afectación. Muestras de la personalidad fuerte de la princesa y de su lengua mordaz abundan en las misivas: “...pues sería locura dejar la razón por el apetito...” (carta 7, 81); “ésta escribo desde una huerta donde me ha sacado mi madre por fuerza, y según lo mal que me he hallado en ella no sale nada verdadero lo que se dice del campo, que es dar alegría a quien no la tiene” (carta 10, 85); “ya la hora de ahora” (dice dirigiéndose a Felipe II) “tendrá V.M. entendido hasta dónde ha querido tirar la barra el duque de Alba contra esta Casa, y las ligas y monipodios que para esto ha hecho él y Chinchón y la Ceneta...” (362-63); “que yo digo a V.M.” (dice dirigiéndose al mismo) “que, pensando en cuán diferentemente mereció esto mi marido, estoy muchas veces a pique de perder el juicio; sino que la desvergüenza de ahora de ese perro moro que V.M. tiene en su servicio me le hará cobrar” (383).

Los lectores tienen en sus manos un libro que será capital para el estudio de un personaje central en el reinado de Felipe II, la princesa de Éboli. Sólo nos resta volver a insistir en el enorme esfuerzo de búsqueda y recopilación que supone este trabajo, amén de la dificultad de lectura de muchos de los documentos, y el trabajo que lleva aparejada la excelente anotación de los mismos. Con todo ello, como nos recuerdan Dadson y Reed,

podemos contemplar una nueva biografía de doña Ana de la Mendoza y de la Cerda que no caiga en la tentación de anteriores biografías de proporcionar un relato ficticio o inventado, sino una que se atenga a los hechos reales y verdaderos. (26)